

# La dualidad de lo mortal y lo divino:

El humano, en un principio aterrorizado, contempló un nuevo plano. No había ningún dios. El demiurgo no lo observó. El vacío tampoco. Solo el humano lo hizo, pues fueron sus emociones las que le permitieron acceder a lo inmaterial, ya que su mente mortal estaba directamente conectada con él.

Y en un instante, pasó de ser humano a demiurgo, y de demiurgo a humano. El dios a su lado no comprendía cómo una mente tan sencilla podía contener tanto. Por más que aquel ser celestial pudiera percibir la forma física y tangible del hombre, en su interior habitaba algo más. No era puro, pues en ese reino, creado en un instante, se reflejaba su mente. Y allí coexistían criaturas horrendas junto a ángeles majestuosos.

El demiurgo no pudo comprenderlo, pues en toda su existencia jamás había encontrado un punto de comparación con los mortales. Supuso que, si lograba replicar su comportamiento a la perfección, podría descubrir su verdadera naturaleza. Pero no. Lo único que consiguió fue una visión minuciosa, aunque vacía, de ellos en su mundo imaginario. su concepto de "humano" no solo era inexacto, era una ilusión. ¿Y cómo no lo sería, si ni siquiera ellos se conocían a sí mismos?

Entonces, antes de ser borrado por la bruja frente a él, lo comprendió: “Esto es un verdadero dios...”.

El humano era completo e incompleto. Todos los idiomas que habló, todos los conceptos que creó, todo era para ellos. Los mortales daban forma a su universo; él solo servía para materializarlo.

Una vez plenos, los humanos superaban cualquier cosa, pues su mente —capaz de describir lo indescriptible— no solo comprendía todo, sino que alcanzaba tal magnitud que era apta para crear y destruir multiversos enteros.

El caos más bello, superior a cualquier dios, pues si tal entidad existiese, no sería más que una idea nacida de los fabulosos escritores que eran los seres pensantes, quienes, por puro entretenimiento, concebían universos simples y complejos, realistas o fantásticos, solo para reducir su vastedad a la experiencia de ser un simple humano, deseando experimentar la inferioridad en todas sus formas.

No les interesaba ser dioses, porque ya eran más que eso. O al menos eso parecía, ya que no existía punto de referencia. Cualquiera que lo hubiese sido, habría sido creado por ellos.

Entonces, ¿qué son? ¿Un concepto? ¿Un mortal? ¿Un dios? ¿Un ser compuesto de energía y materia? ¿Todo a la vez?

Al final del día, no existe ni existirá idioma capaz de describirlos sin reducir su magnificencia. Solo hablando con uno de ellos, o siéndolo, podría saberse. Pero hace mucho que se dividieron en dos: la materia y la inmaterialidad. Y cuando se fusionan, crean al humano.

Un ser caóticamente horrible y hermoso, con la magnífica cualidad de la potencialidad encarnada: materialmente en su cerebro, espiritualmente en su alma. Ella le otorga pleno control —y también descontrol— sobre el inmaterialium.

Así que, lo que vio el demiurgo aquel día ni siquiera fue un creador completo, sino su descendiente imperfecto, pero igualmente impresionante:

EL HUMANO MORTAL.

En resumen: "Nacido tras la desaparición de seres tan complejos —recordemos que se dividieron en materia e inmaterialidad— surgió el humano, una versión inferior de ellos, portador de una conciencia también disminuida Pero aun poderosa.

Y aunque no es posible definir qué son los humanos sin reducir su esencia, podemos, al menos, intentar una descripción que los limite lo menos posible:

‘Los humanos: seres mortales cuya mente está compuesta por fragmentos de dioses.’